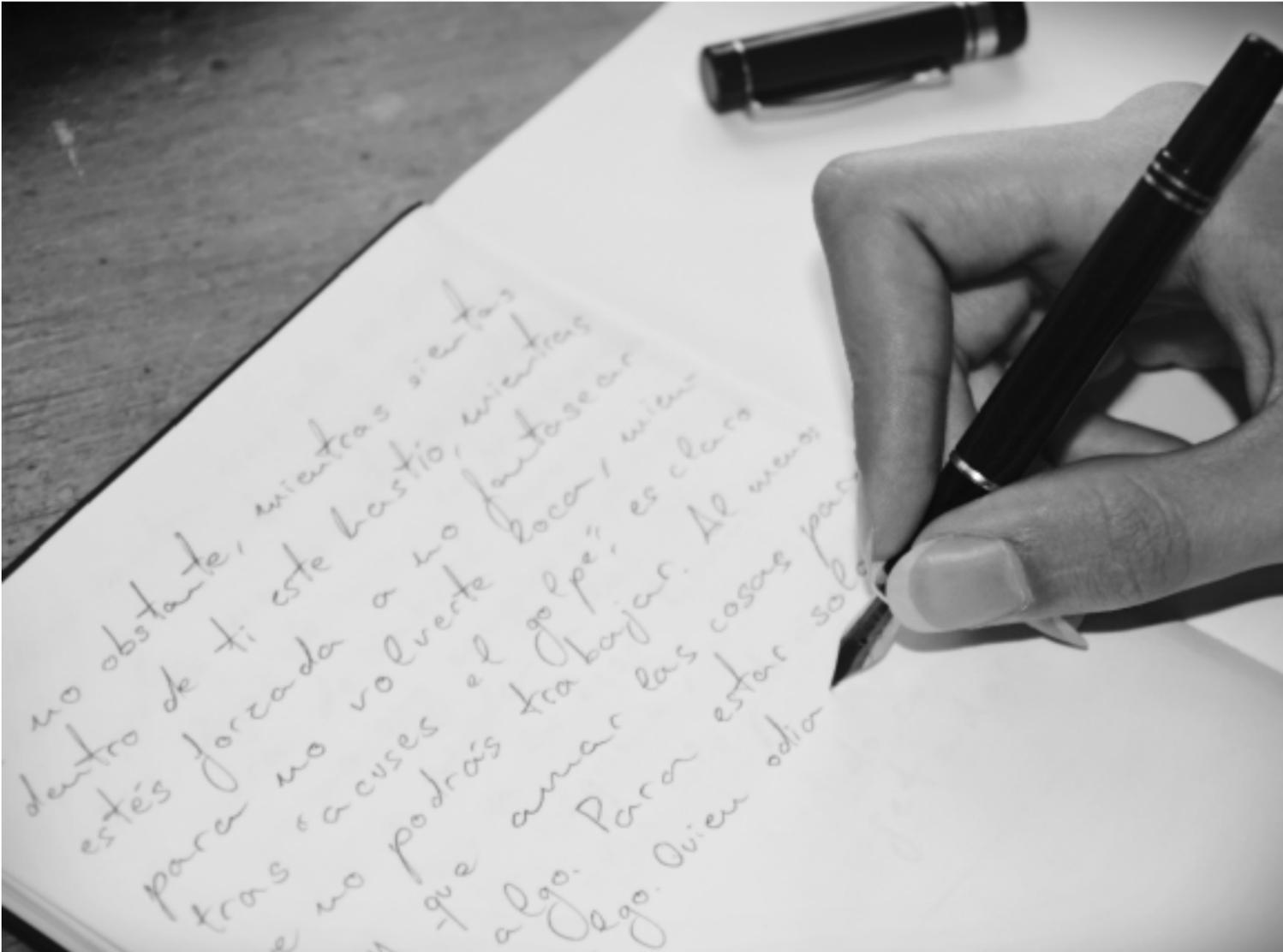


EL ESPEJO DE TINTA •

DIEGO J. COLÁS
(Zaragoza, 1976)
Ingeniero industrial



Su formación es científica pero siempre ha tenido querencia por la lectura, lo que, al tiempo, le llevó a escribir de manera intermitente. En 2000 resultó premiado en el concurso "Buñuel y las miradas de 2000" organizado por la Universidad de Zaragoza. En 2009, 2014, 2015, 2016, 2017 y 2018 quedó finalista en el certamen Miguel Artigas que convoca el Ayuntamiento de Monreal del Campo en colaboración con el Centro de Estudios del Jiloca. De padre turolense, mantiene fuertes vínculos con las tierras del Jiloca.



GONZALO MONTÓN. Aficionado al universo de las palabras y de las imágenes, miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense desde su creación, profesor de Lengua castellana y Literatura en el IES Segundo de Chomón, director de la revista turolense de cine 'Cabiria', y autor de los libros 'Réquiem por la estación de Caminreal' y 'Travesía del Nefelibata'.

Listen to me and listen to me good (IV)

Por la tarde, exhausta, me concedía un respiro. Leía y emborronaba cuartillas, vertía en ellas narraciones breves, mis impresiones sobre el habla, la indumentaria o los oficios y las herramientas propias de cada ocupación, cualquier asunto de mi recién estrenada residencia que me pareciera digno de ser registrado. Al papel iban a parar, además, otras reflexiones surgidas a raíz de mis frecuentes periodos de soledad en la casa de la maestra, la que se vino abajo el pasado invierno. Reflexiones de andar por casa no te vayas a pensar, sencillas, en absoluto rimbombantes. Las emociones por las que me sentía desfondada, el sufrimiento por todo lo acontecido, la desorientación, las dudas en el futuro, todo iba desgranándose lentamente desde la afilada pluma que corría sin freno por la

superficie del papel, ansiosa por desprenderse de tanto infortunio.

No me relacionaba con la vecindad. Un saludo cortés y una sonrisa apenas perceptible era todo lo que obtenía de mí quien se cruzaba conmigo por la calle. En la tienda, algún comentario trivial. Poco más, no estaba de humor y mi antipatía desató más chismorreos. Estuvieron a punto de llegar a mis oídos a través de los muchachos a mi cargo, pero enfermé la mañana en que estaban ansiosos por hacerme partícipe de todo lo malo, y lo peor, que habían oído de mí en los patios de sus casas, en el lavadero o en el caracol.

Pedro Andreu era el médico. Acabados sus estudios en la Facultad de Medicina de Zaragoza, Santa Lucía había sido su primer destino y veinte años más tarde había tomado la determinación de que fuese el último. Casado y

sin hijos, cuidó de mí los días que aquella fiebre me tuvo en cama. Condicionada por la temperatura le relaté, con imprecisiones, lo que había sido mi infierno personal. Escuchó sin interrumpir; no le cogió por sorpresa. Cuando hube terminado me hizo comprender que mi ostracismo iba a llevarme a pocos sitios que merecieran la pena en ese lugar. Los labriegos y pastores, iletrados la inmensa mayoría, me habían confiado la educación de sus hijos y no, precisamente, para recibir ese desprecio por mi parte. Que acudieran a clase significaba menos manos en las duras tareas del campo y eso era algo que yo no podía pasar por alto. Así que convinimos en que acudiría, en compañía de él y de su mujer, para no levantar más susceptibilidades, a la hoguera de San Antón y me mostraría afable.

Me incitó a conversar con él y

no acerté a negarme. Algo en sus ojos, un brillo dulce o algo del estilo, no sabría describir con exactitud qué exactamente, hizo que ignorara mi desgana. Apenas intercambiamos un par de frases. Me preguntó por mis inicios en el lugar y debí responder tan lacónicamente que no se atrevió a interesarse por nada más. Aunque sí que dijo algo de la noche que me resultó agradable. Y eso fue todo, lo mínimo para irme a casa con la sensación de que, a pesar de su apariencia de labrador frío y rudo, escondía una persona amable y tierna que custodiaba en su interior, como un tesoro de incalculable valor, la ilusión inmarcesible de un muchacho. Algo en sus ojos o en su voz tal vez, sé que es una tontería lo que te digo, pero desmontó todas las fortalezas, que pudo haber en mí antes de esa noche.

No lo imaginé. ¿Quién lo hu-

biera? Aquel agricultor con la cabeza a rebosar de pájaros que ideaba artilugios para facilitarse las tareas agrícolas, artículos que raramente funcionaban como él había pronosticado que debían hacerlo. Era un desastre enterecedor. ¡Si salía a cazar y regresaba de vacío! Se ensimismaba con la belleza de los animales, a los que se suponía había de dar muerte, y luego era incapaz de tirar del gatillo, cuando no olvidaba poner los cartuchos en la escopeta.

Enviudó muy joven, su primera mujer había fallecido durante el parto de su primogénito, decían las viejas que era previsible porque había abierto un pozo en el patio de la casa para dar de beber a los machos y el agua había brotado salada e imbebible y que un mal augurio como ese nada bueno hacía presagiar. Yo no creía en trasgos ni en brujas en esos días, pantomimas y cuentos de viejas para asustar a los chiquillos, me repetía continuamente y, en parte, para tranquilizarme.

Nos quisimos mucho. Bueno, eso lo sabes. Buscamos que yo quedara encinta cuanto antes; mi edad corría en nuestra contra. No tuvimos suerte. Él no me hacía de menos, pero creo que algo sí le pesaba. Luego quedé de tu hermano. Nos ilusionamos; la alegría la transmitimos a nuestras obligaciones. Nada impedía que él hubiera de deslomarse desde el alba y hasta el crepúsculo, pero entraba al patio despreocupado y risueño, su semblante de otra manera, ligero. Por mi parte, los pupitres, los plumiers y los chiquillos que no habían sido jamás una carga, me parecieron una bendición dichosa esos días en que percibía palpitar una nueva vida desde lo más profundo de mi ser. Comprendía los cambios que se estaban obrando en mi interior; me sentía maravillada por las incógnitas de la vida que estaba pronta a descubrir, dichosa y emocionada, a pesar de los inconvenientes. Las tareas de la casa, coser y planchar y cocinar, que me habían parecido latosas, me resultaron livianas. Y toda la casa desprendía un embriagador aroma a tomillo y espliego; el tonto de tu padre no tenía otra faena que distribuir por las alcobas los ramilletes que recogía del monte. Cuando perdían el olor los empleaba para encender el hogar y sustituía los echados a perder por otros nuevos. Así, el niño se acostumbrará al olor de esos montes que recorrerá luego y se sentirá venturoso, decía orgulloso de sí.

Relatos de verano

El relato que se publica en fragmentos fue seleccionado en el certamen literario Miguel Artigas de Monreal del Campo en 2017 y 2018. Las imágenes que lo ilustran han sido realizadas por miembros de la Sociedad Fotográfica Turolense.